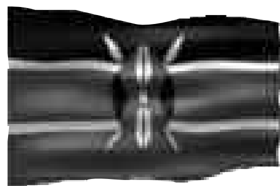




LIBERADOS POR LA ESPERANZA, PARTE 2

[Repasen brevemente el relato de la semana pasada antes de continuar con la historia.]

A Naeku le encantaba su nueva escuela donde aprendía a leer y escribir y amar a Dios. Pero echaba de menos a su hermano y hermana. Durante las vacaciones, le permitieron regresar a su casa durante tres días. Cuán feliz se puso cuando volvió a ver a su hermano y hermanita, y saber que su hermano iba a la escuela. Sin embargo, tenía que caminar varias horas al día solo para llegar a la escuela, y a menudo pasaba hambre.

Mientras más aprendía acerca de Jesús, Naeku se daba cuenta que podía llevar sus problemas a Dios. Así fue como comenzó a pedirle a Dios que ayudara a sus hermanos a tener una vida mejor.

Con el tiempo, el papá de Naeku se dio cuenta que no podía atender a sus hijos adecuadamente. Entonces permitió que su hijo estudiara en otra escuela con internado. Y cuando su hermanita llegó a la escuela adventista donde ella estaba, sentía que su corazón no podría contener tanta alegría.

Ocupada ayudando al prójimo

Naeku recuerda lo asustada que estuvo y cuánto extrañaba su hogar cuando recién había llegado a la escuela. Tardó un poco en comprender que la escuela ahora era su hogar,

DATOS INTERESANTES

☛ En el pueblo Maasai los hombres a menudo tienen más de una esposa y, en ocasiones, son hasta cinco o seis. Las niñas se casan a los 12 o 13 años y, en ocasiones, mucho más pequeñas. Cuando una niña se casa, su esposo o su familia paga una dote de varias cabezas de ganado. Por eso, a las niñas se las valora por la riqueza que le puede traer a la familia.

☛ Muchos padres Maasai no perciben la importancia de la educación para las niñas, por lo mismo son pocas las que van a la escuela. A menudo las niñas son rescatadas de casamientos muy prematuros, y se las llevan a escuelas con internado donde estarán seguras y estudiar. Solo

hasta después que los padres han visto el beneficio de que sus hijas aprendan a leer y escribir, accederán a que permanezcan en la escuela.

donde era amada y protegida. Por eso, cuando llega una nueva niña a la escuela, Naeku se hace su amiga y le ayuda a aprender sus deberes. «Trato de ayudarles, porque recuerdo cuán sola me sentí al llegar por primera vez aquí», dice en voz baja.

Los estudiantes aprenden a ser responsables al realizar tareas como lavar su propia ropa, mantener limpio el plantel y cuidar una planta. Y durante el culto matutino y vespertino y los cultos del sábado los niños aprenden que Jesús los ama y desea lo mejor para ellos. Con el tiempo, también aprenden a amar a Jesús. «Estoy muy contenta porque Jesús me trajo a esta escuela», dice Naeku tímidamente. «He aprendido a amar a Jesús y confío que cuidará de mí. Ahora sé que fue Jesús quien nos salvó a mi hermano y a mí del guepardo cuando era pequeña».

Un sueño imposible

A Naeku le va bien en la escuela. Ha aprendido que puede llegar a ser lo que desea en la vida, dedicándole tiempo a los estudios y confiando en Jesús. «Quiero asistir a la escuela secundaria y luego estudiar en la universidad. Algún día quisiera llegar a ser piloto», dice Naeku. Y aunque nunca ha visto un avión de cerca, nadie la disuade de su sueño. En la escuela adventista, las niñas masai aprenden que con la ayuda de Dios cualquier cosa es posible, incluso llegar a ser piloto.

Pero Naeku recuerda que en su aldea natal, y en muchas otras aldeas masai de África Oriental, hay muchos niños que todavía no van a la escuela. A muchas niñas las obligan a casarse a una edad muy temprana, algunas antes de cumplir los doce años de edad. Para ellas la vida es muy difícil. «Yo puedo esperar una vida mejor porque Dios me ha rescatado y dado esperanza», dice ella. «Quisiera que todo niño masai tenga la misma esperanza».

Nuestras ofrendas misioneras ayudan a traer esperanza a los masai y a niños y niñas de África y del mundo entero.

